

Plan de continuidad pedagógica

Materia: Literatura

Curso: 4°B

Profesora: Sandoval Inés

Clase N°3

Unidad 1

¡Hola queridos estudiantes! Espero que todos se encuentren bien. A continuación les dejo un nuevo relato clásico llamado ""*Eneas o la obligación de vivir*", a partir de un episodio de la ***Eneida***, de Virgilio.

En el documento tienen el texto para leer, un poco de información sobre los poetas griegos y una historietita. ¡Les paso a explicar que es lo que tienen que hacer!

Actividad:

Comprendo la lectura:

1-Leer el relato clásico.

- a- ¿Cómo es vencida Troya?
- b- ¿Quién advierte a Eneas que debe irse de la ciudad?
- c- ¿Quién le impide a Eneas que cumpla con su juramento de una muerte en batalla?
¿Qué relación tiene con el héroe? ¿Por qué el troyano debe sobrevivir?

2- En la historia narrada hay dos episodios. Completá los elementos principales en este cuadro.

Episodios	Complicación	Resolución	Personajes involucrados	Lugar y momento
Defensa de Troya.				
Desaparición de Creusa.				

3- Los clásicos en historietas. (Trabajar con la historietita que tiene el documento).

- a- Buscá las palabras que se relacionen con la historia y en el estilo de la *Ilíada*, averiguá su significado y anotalo.
- b- En una hoja, dibujá tu versión de la guerra de Troya, si es con humor mejor. Podés ver si está dentro de tus posibilidades en la plataforma netflix hay una serie llamada

"La caída de una ciudad, Troya", o en youtube existen videos documentales y también partes de la película "Troya", además del relato que les envié para que lean, o cualquier tipo de material que tengas a tu alcance para sacar información y poder producir tu propia historieta.

Bueno espero que las consignas sean claras y no tengan inconvenientes para realizar las actividades. Con este último relato cerraremos el tema de los mitos para pasar a las leyendas tradicionales y urbanas. No duden en consultarme sus dudas por las siguientes vías; emails inessandoval29@live.com.ar , classroom, o por whatsapp al 2252486471. ¡Desde ya les dejo un saludo afectuosamente!

Eneas o la obligación de vivir

Tras los festejos por la aparente huida de los barcos griegos, Eneas, el mayor guerrero de Troya, dormía apaciblemente.

Durante ese amanecer, los guardias se asombraron al ver las playas vacías de enemigos después de un sitio que se mantuvo por diez años. Tan solo quedaba la basura acumulada en los campamentos y un extraño presente abandonado en la arena: una mole hecha con tablones de abeto que representaba a un caballo y que terminó adornando la ciudadela; la inexpugnable ciudadela rodeada de palacios señoriales. Algunos caudillos querían barrenarle el vientre, por si escondía algo en su interior; otros querían quemarlo y echar las cenizas al mar; pero se impuso el temor de quienes no deseaban despertar la ira de los dioses. Tras largos conciliábulos, interpretaron que el monumento era una ofrenda de los griegos para Minerva, ya que ellos la habían ofendido con sus crímenes y el asalto a su templo.

–Quieren regresar en paz a sus hogares. Esto es una ofrenda a la diosa y un regalo para los troyanos –dictaminó un sacerdote.

Otros decían que el monumento representaba a uno de los caballos de Neptuno, dios del mar; y que lo habían diseñado para atraer su benevolencia.

–Quieren vientos favorables y aguas calmas, a fin de llegar más pronto a casa –afirmó el anciano rey Príamo.

Mediante troncos hicieron rodar la mole hasta la plaza central. Y luego empezaron los bailes y las libaciones para celebrar la victoria.

Entonces, mientras Eneas soñaba tranquilo, después de los festejos, lo visitó el fantasma de Héctor, el único que lo igualaba en destreza con la espada. Pero aquello ya no era un sueño, sino una pesadilla. Héctor tenía el mismo aspecto con el que había quedado su cuerpo luego de haber sido ultimado por el cruel Aquiles. Sus heridas sangraban todavía; y penosamente advirtió a Eneas, el más justiciero de los héroes:



—¡Despierta Eneas, que hoy Troya morirá! ¡Vete con tu familia, tus sirvientes y soldados leales a las costas de Italia a fundar otra ciudad y otras murallas!

En ese momento descendían los soldados griegos por una cuerda, desde el vientre hueco del caballo. No era un monumento, no era una ofrenda: era una engañosa máquina de guerra. De inmediato, los intrusos abrieron las puertas de las murallas para que el ejército, que se había ocultado con sus naves en una isla cercana, ingresara a Troya.

Eneas, sobresaltado por la pesadilla, se despertó. A través de una ventana vio los resplandores de una hoguera. Tomó su escudo, su espada, el arco y las flechas y salió. Mientras corría hacia la plaza, se encontró con soldados que lo siguieron. Subió a los tejados de un palacio y desde allí disparó flechas y mató a muchos, pero eso no impedía que todo fuera arrasado por los invasores que agrupaban a los niños y a las mujeres para tomarlos como esclavos.

—¡Moriré como un guerrero! —se juramentó Eneas, el generoso héroe.


Cuando se acabaron las flechas, bajó a combatir cuerpo a cuerpo; aplastó a una decena de oponentes con la fortaleza de su brazo y el filo de su espada hasta casi perder la conciencia. Se descubrió en las galerías de un templo, solo, agotado. Le quedaban pocas fuerzas; pero su corazón recuperaba bríos al notar la crueldad de los griegos. Entonces se manifestó Venus, su madre, la diosa del amor, quien con sus rizos dorados, le dijo estas palabras:

—¿Qué haces aquí? ¿Acaso no te ha dicho Héctor que la ciudadela no sobrevivirá a esta noche? Ya no habrá Troya tal como la conociste. ¿No has tenido suficientes señales? Te aguarda la gloria en Italia. ¡Vete con los tuyos! Los dioses te imponen vivir para que viva por ti la estirpe troyana.

Eneas, al fin persuadido, regresó al hogar, donde lo esperaba su esposa Creusa, presa de la angustia. Despertó al pequeño Ascanio, el hijo, y cargó a su padre, que estaba ciego y lisiado, sobre sus hombros. Los soldados sobrevivientes se dispusieron a seguirlo.

Amparados en las callejuelas oscuras, esquivando a los invasores, con sus corazones estremecidos por la brutal alegría con que los griegos festejaban la matanza, llegaron a la salida cuando el ruido de una patrulla los asustó y se dispersaron.

Al reagruparse, alguien faltaba: Creusa. Ya fuera de los muros, subieron por la ladera del monte Ida, cubierta de pinos y abetos. Allí estaban a salvo. Dejó Eneas a su querido padre, a su hijo, a los soldados y sirvientes.



—Voy por Creusa, seguramente estará errando perdida.

Con el peligro que implicaba, volvió a entrar a la ciudad. Comprobó que su propia casa ya había sido saqueada y que ahora era pasto de las llamas. Vio los jardines humeantes, oyó angustiado los lamentos de los heridos, pero no encontró a Creusa. En una esquina, dos ocupantes lo reconocieron y, deseosos de matar a un héroe, fueron por él, y solo consiguieron caer sin vida a los pocos segundos.

—¡Creusa!

Olvidado de sí y de su propio cuidado, comenzó a gritar el nombre de su esposa en medio de aquella desolación.

Vagando sin rumbo llegó a la playa. Envuelto en el fresco de la noche y el rumor de las olas, creyó ver una luz cercana; corrió hacia ella, pero no había nada; hasta que una sombra, más oscura que la misma noche, le habló. Era la sombra de Creusa que, bañada por la luz de las estrellas, le dijo con voz piadosa:

—Querido Eneas, me quedo aquí. No seré la esclava de una matrona griega, no lo soportaría. Estaré por siempre en esta tierra y tú encontrarás otra esposa en Italia. Vete, cuida a nuestro hijo y a tu padre Anquises, vamos; un alto destino te aguarda.

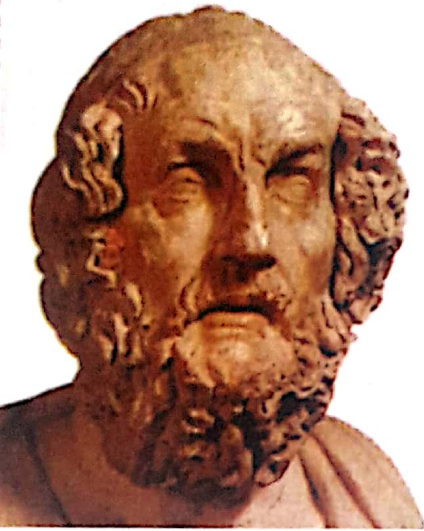
En vano quiso abrazarla. La sombra de Creusa se esfumó. Y el guerrero partió hacia el monte Ida.

Al día siguiente, él y sus soldados comenzaron a cortar las maderas para construir las naves que los llevarían a Italia.

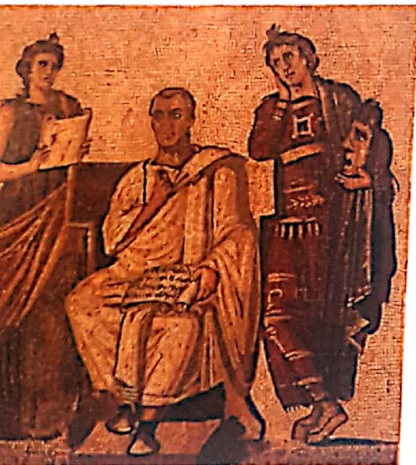
Eneas consoló como pudo al pequeño Ascanio: su madre había muerto, pero con la satisfacción de convertirse en polvo de la tierra amada; ellos continuarían la gloria de Troya más allá del invierno y de los mares, según la voluntad de los dioses.

FRANCO VACCARINI,
a partir de un episodio
de la Eneida, de Virgilio.

Dos poetas clásicos



Homero, autor griego de la *Ilíada* y de la *Odisea*, siglo VIII a. C.



Virgilio, autor latino de la *Eneida*, las *Geórgicas* y las *Bucólicas*, 70 a. C. - 19 a. C.

Una de las virtudes que Aristóteles, filósofo y estudioso del siglo IV a. C., señala en **Homero** es la de tomar un pequeño fragmento de la realidad que quiere narrar para dar idea de la totalidad. Así, en el poema épico *Ilíada* no nos cuenta toda la guerra de Troya, sino solo el momento en que Aquiles, disgustado con Agamenón, se retira de la batalla. Ante su ausencia, los griegos son vencidos por Héctor y los troyanos. Desesperado, Patroclo usa la armadura de Aquiles, creyendo que atemorizará al enemigo; pero Héctor lo mata. Aquiles se enfurece, retorna a la batalla, vengando a su amigo asesinando y deshonorando a Héctor, hasta que, finalmente, entrega el cuerpo a Príamo, su padre, cuando él le recuerda a Aquiles que morirá en tierras troyanas.

En la *Odisea*, considerada como el prototipo de la novela de aventuras moderna, cuenta los diez años que le impone el ofendido Poseidón a Ulises –Odiseo para los griegos– para retornar a Ítaca. En ese lapso repleto de aventuras –Polifemo, los lotófagos, Circe, la hechicera; el descenso al Hades, el robo del ganado de Helios y Calipso, entre otras–, los pretendientes de su esposa Penélope han ocupado su casa y usurpado su hacienda. Finalmente, Ulises regresa de incógnito, mata a los pretendientes con la ayuda de su hijo Telémaco y recupera su reino y su familia.

Mucho tiempo después, durante el siglo I a. C., el poeta latino **Virgilio** escribe la *Eneida*, epopeya que narra los viajes efectuados y las guerras libradas por su héroe, Eneas, para originar la civilización romana. Roma ha abandonado la forma republicana y se ha transformado en imperio –el mayor de la Antigüedad– bajo el mando de Augusto, hijo adoptivo de Julio César, quien le solicita al poeta un poema que justifique su poder. Virgilio relata la epopeya de Eneas, príncipe troyano que es enviado por los dioses a fundar la ciudad más importante del orbe: Roma. Salido de una Troya en llamas, Eneas llega a Cartago –ancestral enemiga de Roma– y enamora a la reina Dido, quien termina suicidándose cuando el héroe la abandona. La diosa Juno, enemiga de Troya, coloca trabas para que Roma sea fundada y convence a las mujeres troyanas de quemar las naves. Eneas, entonces, llega a Cumas donde descende al Averno para visitar a su padre, quien le muestra el futuro glorioso de una ciudad aún inexistente. Eneas emprende su marcha hacia el Lacio, se compromete con Lavinia, hija del rey Latino, tras derrotar a Turno, su anterior prometido. De la fundación de la ciudad de Alba Longa saldrán Rómulo y Remo, descendientes de Ascanio o Iulo, hijo de Eneas, que fundarán Roma y formarán parte de la Familia Julia (Gens Iulia) a la que pertenecía Augusto.

Los clásicos en historietas

Dice el escritor Ítalo Calvino, en *Por qué leer a los clásicos...*, que un clásico es "aquel que no puede serte indiferente y que te sirve para definirte a ti mismo en relación y quizás en contraste con él". Los textos homéricos son considerados clásicos no solo porque han dicho y siguen diciendo lo que los seres humanos precisan oír, sino porque, además, persisten como temática en otros relatos, en poesías, en cuadros, esculturas, películas y en historietas, como esta del argentino Fontanarrosa.

La Iliada



© Fontanarrosa, Roberto. En *Los clásicos según Fontanarrosa*. Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1980.

ACTIVIDADES